

LA BUTACA VACIA

MADRE e hija se miraron, alcanzadas por una ola de turbadora felicidad. Respiraron hondo, parecía ser que a gusto. Sobre la mesa del comedor se amontonaba, al fin, después de mucho tiempo en olor de expectación, de muchas noches en desvelo, el dinero del Montepío. Gozo daba mirarlo, aparejado en pequeños fajos de billetes verdes, nuevecitos, como recién sacados del horno del Banco de España, con su aroma acre y goloso, de dinero sin estrenar, y aquella estampa galana, un tanto hambollera, de doña Isabel y don Fernando.

—Tengo entendido, madre, que fueron unos reyes de postín. Sobre todo ella, hembra de agallas, pies y manos de Colón, vamos, según dicen, sin ánimo de ofender.

—Lo importante es que, por fin, nos haya llegado el dinero de padre. Buenos cancanes nos dio, tormento fino, mis palabras le sirvan de gloria.

—Amén.

El dinero. Los duelos con pan. ¿Duelos dijeron? ¿Alguna de las dos llegó a apesadumbrarse un tanto así, la verdad por delante, por la muerte del hombre, tantos años averiado por el polvo de la mina, podrido mucho antes de que la Ensabanada se decidiese a visitarle? Bien lo podían certificar ambas, madre e hija, hartas de aguantarle plepas y achaques, chinche jorobador, anclado siempre a su butaca del alma, junto a la ventana del comedor, con aquel penoso resuello que le hacía abrir la boca desesperadamente para tragarse, como un mosto sabroso, el aire. "Me muero". "No caerá esa breva". "Os digo que me muero, víboras". Y en seguida, el doloroso,



interminable jadear producido por los pulmones carcomidos, rotos en la caja del pecho pequeño y peludo. "Me duelen, digo que me duelen los pulmones". Allí, claro, siempre se estuvo hablando de los pulmones mientras él vivió. Era una palabra redonda y fresca que, en el fondo, parecía gustarle a todos.

—Los pulmones. ¿Sabe usted, madre, cómo me los imagino? Como un par de grandes flores rosadas, de trapo, flores de altar.

La madre comenzó a repasar el dinero, santa palabra. Ni siquiera lo contaba. Simplemente le bastaba con percibir su tacto entre la aspereza de los grandes dedos marcados por las huellas amoratadas de los sabañones.

El sol se colaba por la pequeña ventana del comedor para dorar suntuosamente, como en los cuadros de los santos, un trozo del viejo suelo ajedrezado. Las dos, madre e hija, habían soñado muchas veces con un piso nuevo, prefabricado, con los cristales bien ajustados, con su tresillo y su cuadro con el ciervo copiándose en el lago, con su lavadora y su "frigo". Más: sobre el mármol del aparador, junto al ramo de flores artificiales, la "tele", por aquello de los telefilmes y el gusto de aprenderse los nombres, amén de vidas y milagros, de los presentadores; lujos y apetencias que jamás habían podido alcanzar en vida del hombre porque ¿para qué otra cosa había servido el hombre sino para toser y jadear, maldiciendo, desde su butaca?

—Hija.

—Mande.

—Pues que he pensado rizarme el pelo. Fíjate, con estas greñas... ¿A tí qué te parece?

—Vale.

Se sentían felices, inmersas en una dicha inédita, un tanto animal, que ni siquiera habían llegado a sospechar existiese sobre la tierra.

—Cambiamos los muebles.

—Bien.

La madre dijo que a la mismísima porra las sillas desvencijadas, el chino con carcoma, el viejo macetero cojo... Calló súbitamente porque, contabilizando lo inservible, había advertido la butaca del hombre, trono tristísimo de sus largas, inacabables, jornadas de enfermedad.

—Esa butaca...

El hombre se había ido. Sin embargo, mirar ahora su butaca era evocarle cabalmente, recordar la estampa de su cuerpo menudo, su mirada caliente y taladrante, de animal acorrolado, de perro indefenso; poner en pie los



días sin fin ni principio, salpicados por lamento y protesta, quejido y bramar. La mirada, vidriada, ojos de santo macarro, y el pecho abombado como la panza de lienzo de una vela marinera, la vela de aquellos barcos que salpicaban el azulete del hermoso mar cercano, tanto que bastaba otear el horizonte para ganar su presencia, como un bonito cromó de almanaque. En cierta ocasión, llegaron a aborrrar para malpasar unos días de verano en la playa, compartiendo la modesta casa con unos parientes. El hombre se opuso: "No podré, me moriré en el camino". "Sí que podrás". Vencieron ellas, pero tuvieron que regresar precipitadamente, porque el hombre se les moría de verdad. Reaccionó sólo pisar de nuevo la casa y sentarse en su butaca. "Te quejas por vicio". El hombre se ponía en seguida a hablar de los pulmones. Ahora el hombre ya estaba lejos.

—Esa butaca...

—Qué.

—La butaca, que habrá que quemarla. Ya, para lo que sirve...

—Claro.

* * *

—Hija.

—Usted dirá.

—La butaca... Digo que hay que quemarla. Un día quemaremos esa butaca.

Pero la butaca estaba allí, en su rincón de siempre. Volvían ellas de la calle, de la compra, de su trabajo de limpiadoras en una pequeña oficina, y la butaca estaba allí, y con ella el recuerdo del hombre, la memoria de los otros días, cuando él, perro mundo, les hacía descubrir aquel odio pequeño y oscuro que les iba naciendo secretamente a las dos, sin proponérselo, sin confesárselo jamás a sí mismas. Ni siquiera habían pretendido aborrecerlo, pero las cosas les empujaron, al fin, a una total malquerencia. Las cosas. ¿Qué cosas habían de ser aquellas, Dios, misteriosas, desesperadas, tremendas cosas? A lo último el hombre ya no estaba allí. El hombre andaba ahora lejos, sin opción al regreso.

—El muerto al hoyo y el vivo al bollo, que se dice.

—No me gusta oírle hablar así. A fin de cuentas era mi padre.

O bien:

—Madre, pienso si no nos estaremos pasando en lo del luto.

—¡Más respeto a los muertos, deslenguada!



Les trajeron un televisor, y se encandilaron en seguida con vistosas funciones y atractivos telefilms; aprendiéndose de memoria los sustanciosos "slogans" y "spots" publicitarios, sus letras y músicas tirando a celestiales, las cuales prometían paraísos en la tierra. Luego, ambas dormían mucho mejor.

—¿Sabes lo que te digo? Que un día tenemos que quemar la butaca de padre.

—Claro.

De nuevo, y siempre, la invulnerable presencia del hombre.

—La quemaremos, vaya que si la quemaremos.

Con el nuevo abrigo y las botas de cuero, la hija parecía lo que se dice una artista de cine.

—Estás de película, hija mía.

Por su parte, la madre también había ganado en traza y fachada, y ufana andaba, saltaba a la vista, de su medalla dorada, con cadena, y aquel pelo sabiamente ordenado por la Paquita, "coiffeur pour dames".

—Lo que pasa es que ahora se me notan más las canas, ¿verdad, tú?

—No lo diga usted, madre, si está que da usted gloria verla.

Debían estar contentas, y no lo estaban.

* * *

—Madre, anoche soñé con padre. Estaba ahí, de nuevo, sentado en su butaca y, lo que son las cosas, parecía respirar con blandura, vamos, como si tal cosa, ya le digo, tan ricamente.

—Dijo la sartén al cazo. También yo he soñado varias veces la misma escena. El, aquí, mirándome de hito en hito. No sé qué me da referir el último sueño. La butaca ardía, envuelta en grandes llamaradas. Ardía sin consumirse, no se me pasa por alto el pormenor. Tu padre estaba sentado en ella, mirándome como siempre, fijamente, riendo a grandes carcajadas. La carne se me pone totalmente de gallina sólo de recordarlo. Grifada estoy.

En pie, siempre, el recuerdo punzante del hombre, su ardiente evocación.

—Quemaremos la butaca, pues claro que quemaremos la butaca.

Pero sabían que no la quemarían nunca. Ninguna de las dos se atrevería nunca a quemarla. Misteriosos vetos imprevisibles, agoreros celos, secretos obstáculos habrían de impedirlo una y otra vez, y siempre. La butaca habría de continuar allí, en el cálido, temido, aborrecido rincón; en aquella esquina tibia de sudores mortales, de oscuras desesperanzas, donde durante



tantos años había llegado a hacer nido la desolación. La butaca estaría allí, ya siempre, contra todo proyecto de renovación, venciendo sobre todas las decisiones, triunfando sobre todos los planes.

Tan corto de alcances, tan poquita cosa el hombre, tan sometido siempre a la voluntad de ellas, y ahora, cuando ni siquiera alcanza a ser en el mundo un pequeño montón de pelados huesos, comienza su imperio y su mandato desde una butaca vacía.

